

La historia en El Salvador a comienzos del siglo XXI

Dr. Knut Walter
FLACSO-Guatemala

I. Preliminares

No hace falta que diga ni explique a los aquí presentes cuan importante es, a mi manera de ver, el estudio de la historia. Más bien, quisiera opinar acerca de cómo ha ido cambiando en los últimos tiempos la percepción sobre la importancia de la historia en El Salvador, aunque haré algunas referencias a los demás países centroamericanos.

Son varios los actores que participan en este ejercicio. Por una parte, están los que hacen la historia, que somos todos en realidad, algunos más que otros por la importancia o protagonismo que se les asigna. Por otra, están los que la investigan y escriben (los “historiadores”) y sus patrocinadores (las universidades, los gobiernos, las fundaciones, las empresas).¹ Finalmente, están aquellas personas que les toca leerla y estudiarla, un universo muy complejo, aunque me temo reducido, que incluye a estudiantes, profesoras/es, aficionados, políticos, estadistas, en fin, todos aquellos que se topan, voluntaria o involuntariamente, con personajes y momentos del pasado.

Y es que la historia siempre está presente en una sociedad en tanto sus habitantes recuerdan algo del pasado, ya sea por vivencias o por estudio. Si las personas que integran una sociedad no tienen cono-

cimientos del pasado o ningún interés por conocerlo, esa sociedad no tiene historia. Lo cual es casi imposible porque todos nos acordamos al menos de lo que pasó ayer. Por lo tanto, cuando decimos que una sociedad tiene más historia que otra, lo que realmente estamos diciendo es que sus habitantes tienen más *conocimientos* de su pasado, que pueden opinar y discutir acerca de ese pasado con más elementos de juicio, y que se interesan por sacarle algún provecho a ese conocimiento en sus quehaceres diarios.

Evidentemente, hay sociedades cuyo pasado se encuentra más “presente” por medio de sus vestigios físicos. Supongo que es muy difícil que un romano, por ejemplo, no tenga algún conocimiento del imperio de sus antepasados si está rodeado por numerosos vestigios del mismo. O que una egipcia no tenga alguna noción mínima de lo que fue el poder de los faraones si todos los días pueden verse las grandes pirámides en el desierto. Por el contrario, es mucho más fácil que un centroamericano no asocie su patrimonio físico con el pasado, ya que es poco lo antiguo que está en pie o que se conserva en museos. Lo que no quiere decir que el vestigio físico en sí es suficiente para estimular el conocimiento; el estudio del pasado tiene que cultivarse y

¹ Ver, por ejemplo, la obra de Peter Burke, *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot* (Madrid:

Paídos, 2002), especialmente las páginas 33-75.

sistematizarse para que rinda los frutos deseados.

En general, el estudio de la historia en Centroamérica nunca ha sido uno de nuestros "fuertes." Por el contrario, buena parte de la historia que se ha escrito recientemente proviene de la pluma de académicos que no residen normalmente en la región centroamericana, una tendencia que se acentuará en el futuro inmediato si no nos preocupamos por esforzarnos más *dentro* de Centroamérica. Y no se trata de ser nacionalistas o regionalistas.

La creación de una conciencia histórica

En Centroamérica el pasado tiende a esfumarse del mundo físico y de las mentes de sus habitantes. Esto se debe a las condiciones obvias de un entorno natural caracterizado por terremotos y erupciones volcánicas, lluvias torrenciales y humedad crónica e insectos devoradores de papel, aunado a las decisiones y acciones políticas y militares que han provocado la destrucción intencionada - o malintencionada - de los acervos históricos. A todo eso habría que agregar la pobreza material en la cual se desenvuelve la actividad intelectual en general. Esto es más evidente en unos países que en otros, por supuesto, pero en términos generales no podemos esperar que en Centroamérica haya recursos comparables a los del norte para investigar y difundir el conocimiento histórico.

Guatemala tiene una riqueza mucho mayor de vestigios del pasado (monumentos, documentos) que los demás y ha sido objeto de abundantes investigaciones históricas, muchas de ellas, por cierto, impulsadas por instituciones y académicos

foráneos que poseen los recursos, el tiempo y la formación necesaria para dedicarse de manera sistemática al estudio de restos arqueológicos y fondos documentales. Por el contrario, parecería que Costa Rica se ha esforzado en compensar la ausencia de vestigios físicos con una intensa labor de investigación documental y testimonial, propiciada por un entorno político y social favorable.

El Salvador es, quizás, el país donde el estudio de la historia se ha visto más frenado como consecuencia de un apoyo muy limitado (hasta hace poco) a la investigación y la divulgación, junto con un acceso difícil a la documentación existente. Tampoco ha sido la historia en El Salvador una parte importante del programa de estudios de la educación básica o media. Ante el afán de atiborrar el currículo de cuanta materia sea posible, las menos "útiles" - como la historia - generalmente terminan marginadas. Pero creo que, hasta hace poco al menos, también se practicó una forma de marginación adrede del estudio del pasado. ¿Cómo se explica este fenómeno?

El régimen autoritario que se mantuvo en el poder durante más de sesenta años (entre 1931 hasta 1992, digamos) no tuvo interés alguno por rescatar el conocimiento del pasado, ni siquiera en función de sus propios proyectos políticos o ideológicos, salvo alguna que otra referencia a próceres de perfil militar, como Arce, Morazán y Barrios que se ubican en un pasado relativamente lejano. Por ejemplo, no supo explotar el acontecimiento que más marcó su desenvolvimiento posterior: el levantamiento de 1932. La desarticulación de esta sublevación campesina pudo haberse proyectado, hábilmente configurada, como parte de un potente imaginario anticomunista (como ocurrió, de hecho, en los años inmediatamente después de 1932);

en la práctica, la memoria del levantamiento terminó oxigenando – irónicamente – a la izquierda. Ni siquiera hubo episodios estrictamente militares que pudieron haberse explotado con fines políticos. El ejército no había ganado ninguna guerra desde que participó, junto con otros de Centroamérica, en la campaña contra William Walker en 1856.²

Además, el régimen autoritario nunca sintió la necesidad de legitimar su dominio mediante mecanismos ideológicos. Más bien, invirtió recursos en represión y no en la creación de mentalidades afines. Las actitudes y los comportamientos propios del cuartel no requerían sino unas mínimas referencias al pasado sin mayores explicaciones, generalmente en torno a figuras de los próceres. Tampoco se preocupó por elevar los niveles educativos de la población, con lo cual efectivamente cerró el acceso al estudio del pasado sistemático o formal para muchas personas.³

En general, para el antiguo régimen, el estudio del pasado no generaría réditos. Más bien, supondría peligro, en la forma de cuestionamientos y críticas, sobre el proceder de los gobiernos si se analizaban a fondo sus actuaciones y las de otros tantos personajes, grupos y movimientos afines. Solamente se escuchaba la fórmula del “perdón y olvido” pero muy poco la del “recuerdo y reclamo,” como podríamos denominarle. Es posible que el “perdón y olvido” haya funcionado adecuadamente cuando no era mucho lo que había que perdonar y olvidar. Pero en los últimos tiempos, la

tragedia ha sido tan grande que no es posible borrarla de la memoria. Más bien, requerimos ahora más que nunca de investigaciones históricas que nos permitan conocer las raíces inmediatas y lejanas de este presente en el cual vivimos, de un presente que tiene, digamos, un cuarto de siglo.

El interés reciente por la historia

El interés que se ha manifestado en los últimos años por el estudio de la historia es impresionante, especialmente cuando se compara con el punto de partida. Allá por 1975, por ejemplo, los únicos estudios históricos sobre El Salvador realizados con rigor científico que teníamos a mano eran los de Rodolfo Barón Castro – pionero de la historiografía salvadoreña (aunque vivió y escribió en España) y de la historia demográfica a nivel mundial – y David Browning, un inglés de paso por el país que se interesó por la problemática agraria. También hubo un par de tesis doctorales (en inglés) de la década de 1960, una de Everett Alan Wilson sobre la historia política de El Salvador a comienzos del siglo XX y otra de Robert Elam sobre el rol político del ejército en tiempos recientes; ninguna tuvo mayor circulación.

Lo cual no significa que otros no se habían preocupado por estudiar el pa-

2 Uso el término “guerra” como sinónimo de un enfrentamiento militar entre países que concluye con la victoria de un bando sobre el otro. No equiparo “guerra” con “batallas” o “enfrentamientos”, cuales parecen haber sido la norma en Centroamérica antes de 1980.

3 Actualmente, la experiencia educativa para la mayoría de la población en edad escolar todavía se limita a los primeros seis grados en el mejor de los casos, pero al menos el analfabetismo parece irse extinguiendo, lo cual aumenta el universo de lectores potenciales.

sado. De Jorge Lardé y Larín ya teníamos varios escritos importantes pero muy a su estilo de viñetas (o de columnas de periódico, “de vulgarización” como él les decía). El libro de William Krehm, *Democracias y tiranías del Caribe*, ya había salido en México y Buenos Aires; su estilo de crónica de periodista viajero es fascinante pero bastante superficial en lo que se refiere a análisis. El mismo libro de Alastair White es importante, aunque más centrado en la historia inmediata.

Después de 1975, empezaron a verse los primeros intentos de escribir una historia distinta, más monográfica, es decir, orientada a ir descubriendo y resolviendo asuntos y problemas puntuales, específicos. En esta línea se ubican los libros de Italo López Vallecillos, el muy leído libro de Thomas Anderson sobre 1932, la obra de Roque Dalton sobre Miguel Mármol, los escritos de Jorge Arias Gómez, y la fascinante historia de los acontecimientos de 1944 de Patricia Parkman (traducido al castellano y publicado en días pasados).

Tuvo que producirse el fin de las guerras centroamericanas allá por 1990, y el fin de las “guerras frías” más allá de los mares, para que nos diéramos cuenta de que había terminado una época y que comenzaba otra. Conocíamos los rasgos generales de la que terminaba porque la habíamos vivido, al menos en su etapa pre-bélica y bélica, pero no estábamos claros acerca de sus raíces, sus orígenes, su historia. Muchos autores del norte también se preguntaron acerca del papel de sus países en este terrible desenlace que tuvo la crisis centroamericana. En cuestión de pocos años, hubo una avalancha de libros que pretendían explicar el holocausto reciente, pero fueron escritas mayormente desde la óptica del norte, es decir, con la documentación y los intereses del norte.

Lo que empezó a agregar nuevas perspectivas a la historia salvadoreña fue la apertura y utilización de los archivos nacionales y municipales por los investigadores. Durante muchos años, el acceso a esos archivos había sido problemático, por no decir imposible, además de que para ciertos periodos la documentación sencillamente no se encuentra en El Salvador. Por ejemplo, los años de dominio español tienen que estudiarse mayormente en Guatemala y España.

A partir de las investigaciones de José Antonio Fernández, Patricia Alvarenga y Aldo Lauria, todas ellas firmemente ancladas en los archivos históricos centroamericanos, se perfila una nueva historiografía, tanto por sus fuentes como por sus supuestos teóricos. Estos enfoques recientes han develado actores de los procesos políticos y sociales que antes se ignoraban o minusvaloraban: las comunidades étnicas, los pequeños productores agrícolas, los campesinos organizados, los caudillos y caciques populares, y así por el estilo.

Evidentemente, esta nueva historia es “de los que perdieron,” de los que tuvieron que ir cediendo ante el creciente poder del estado, de los grandes empresarios rurales y urbanos, y del ejército. Encerrados en un pequeño país con una muy reducida frontera agrícola, se vieron obligados a rebuscársela en las laderas más empinadas de los terrenos más aislados, o emigrar hacia los espacios más vacíos o las zonas de agricultura comercial de las repúblicas vecinas. Muchos de los nacieron en una república cafetalera murieron en una república bananera, como bien lo señaló Masferrer en la década de 1920 al referirse a la incipiente emigración de salvadoreños hacia la costa norte de Honduras.

Y esta es una de las características de las épocas pretéritas que más dificulta-

des presenta a quienes quieren estudiar y difundir el conocimiento del pasado: pareciera que no hay grandes hazañas, ni grandes logros, ni manera de darle forma heroica a nuestro pasado. De hecho, las fiestas de nuestro calendario cívico, si nos fijamos, comienzan y terminan con la independencia, acontecimiento que con el paso del tiempo más parece golpe de estado que gesta libertadora. No celebramos triunfos populares, ni batallas famosas (quizás porque no queremos saber nada más de guerras, lo cual es bueno), no conmemoramos la promulgación de nuestras constituciones (quizás porque son tantas y tan irrespetadas), no recordamos en nuestras monedas (cuando eran nuestras) los personajes más relevantes del siglo XIX y XX. En fin, pareciera que preferimos el olvido al recuerdo y, para colmo, por buen número de razones aparentes.

¿Será que no hay nada digno de recordar con orgullo? No se trata de inventar episodios o personajes que nos alegren la vida o nos inflen el ego. Para eso mejor leer una buena novela o ver una buena película. Tampoco se trata de manipular el pasado en apoyo de determinado proyecto político. Pero sí se trata de encontrarle y darle sentido a la historia, especialmente en estos momentos tan críticos para el futuro del país y la región. En otro lugar he planteado que lo ocurrido en El Salvador recientemente (y en el resto de Centroamérica, por extensión) es comparable sólo a lo que ocurrió hace aproximadamente 480 años, cuando los primeros conquistadores españoles irrumpieron en la región centroamericana e

impusieron un nuevo orden gracias a sus ventajas militares propias, el auxilio de aliados tlaxcaltecas y otros grupos indígenas y la introducción de todo un hervidero de terribles enfermedades euroasiáticas.⁴ Dicho en otras palabras, se está cerrando una época - la del estado nación - que se fue construyendo a partir de la independencia en 1821 y que ahora, después de 182 años, parece más y más irrelevante.

Todo lo cual no significa que sea necesario vivir en “buenos” tiempos para escribir buena historia. Recordemos que Tucídides escribió su extraordinaria crónica de la guerra del Peloponeso en un mundo - el suyo - que se derrumbaba en su rededor en el siglo IV antes de Cristo. Me parece que nosotros también debemos encontrar (o “construir”, para estar a tono con el discurso post-moderno) explicaciones razonables y convincentes que nos permitan ubicarnos en el presente y que, con un poco de imaginación, nos indiquen el camino que, con mayores probabilidades, habremos de transitar en el futuro.

La historia como ejercicio de erudición y popularización

Lo que he planteado en el párrafo anterior puede estar reñido con el trabajo que acostumbramos a hacer dentro del gremio de historiadores. Para una historiadora o historiador, el estudio del pasado tiene sentido en sí, como un ejercicio de erudición. Queremos desentrañar el pasado, ave-

4 Ver, por ejemplo, Pedro Escalante Arce, *Los tlaxcaltecas en Centroamérica* (San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2003); Knut Walter, “La apropiación de las verdades, 1979-1989” en Alvaro Magaña Granados y Roberto Huezco, coordina-

dores, *El Salvador. La República*, tomo II (San Salvador: Fomento Cultural Banco Agrícola, 2000), pp. 567-596; y Alfred Crosby, *Ecological Imperialism: The Biological Expansion of Europe, 900-1900* (Cambridge University Press, 1993).

riguar la secuencia y causalidad de los acontecimientos, determinar las motivaciones y los aportes de los actores históricos, ponderar y evaluar la importancia de cada uno de los episodios críticos del devenir nacional y regional, y terminar con alguna conclusión, un *quad erat demonstrandum* que será convincente y aceptado como un aporte “significativo” al conocimiento del pasado, según acostumbra decirse.

Esta es la historia “académica,” que tanta falta nos ha hecho. Ahora, con la apertura de varias carreras de historia y la publicación de libros que no estaban al alcance de los interesados, puede ser que finalmente empecemos a montar la armazón de un conocimiento histórico más acabado y coherente. También estaremos en condiciones de iniciar un verdadero debate histórico en el país, para ampliar y profundizar el trabajo iniciado por el Seminario Permanente de Investigaciones Históricas que se reúne periódicamente a iniciativa del Archivo General de la Nación. La presencia de todos ustedes en este evento, tanto los que residen en Centroamérica como los que nos visitan de fuera de la región, es una muestra fehaciente del interés por la historia en El Salvador desde un enfoque académico.

Pero también debemos preocuparnos por popularizar la historia, lo cual, a mi juicio, es más difícil que escribir historia académica. ¿Cuál es el reto que debemos enfrentar? Me parece que es doble. Por un lado, tenemos que identificar aquellos aspectos del pasado que más inciden en nuestro presente, que guardan más relación con nuestras preocupaciones cotidianas y que, por lo tanto, son de interés obvio para el gran público. Algunas de estas preocupaciones tienen que ver con el entorno natural (algo que Lardé y Larín ya ha explorado a su manera), con el sistema político,

con las organizaciones populares (sindicatos, gremios, movimientos), y con la educación y la salud, entre otras.

Por otro, tenemos que producir historia interesante – si fuera posible, apasionante – que se pueda leer como una novela. Los novelistas desde hace tiempo descubrieron cómo explotar la historia; ahora son los historiadores los que tienen que explotar la novela (o el estilo novelístico). Algunos y algunas ya lo han logrado. No he leído historias más apasionante que los libros de Garrett Mattingly sobre temas renacentistas: la gran armada española y “la empresa de Inglaterra”, Catalina de Aragón, y la diplomacia europea. O las obras de Eric Wolf, que siendo académicas están escritas para que puedan ser leídas y entendidas por cualquier persona.

Quizás a la palabra “apasionante” habría que agregarle otras como “provocadora” o “estimulante”, referidas a aquello que nos sacude y nos obliga a cuestionar, que cambia y reconstruye mentalidades y percepciones. Como sugirió Tucídides en su momento, algo debemos aprender del pasado, por terrible que haya sido.

Para ayudarnos en la elaboración de historias apasionantes, tenemos ahora la oportunidad de explotar otros recursos que al historiador de antaño se le negaban o dificultaban: la voz (el sonido) y la imagen. La fotografía tiene ya más de siglo y medio de estar entre nosotros y las grabaciones sonoras en acetato o cera se inventaron a comienzos del siglo XX; posteriormente se fueron introduciendo los sistemas magnetofónicos y el video que facilitaron el manejo y el transporte de los equipos. Sin embargo, los sistemas electrónicos (digitales) disponibles actualmente son mucho más versátiles y representan un gran avance en lo que se refiere a la conservación, restau-

ración y difusión de la imagen y el sonido.

El que hayan podido ver ese fascinante documental de los juegos deportivos de Centroamérica y el Caribe celebrado en San Salvador en 1936 se debe a la feliz combinación de las tecnologías analógica y electrónica – el cine y la imagen digital – que ha permitido restaurar un material en celuloide que de otra manera se habría perdido. Como ese documental tienen que haber otros que necesitan ubicarse y restaurarse urgentemente. En este sentido, el trabajo que realiza el Museo de la Palabra es absolutamente vital y debe ser apoyado generosa y decisivamente.

Hago énfasis en el uso de la imagen y el sonido no sólo porque es posible sino porque es necesario: un conocimiento del pasado con base en materiales escritos es adecuado pero el estudio de la historia será mucho más eficaz si echamos mano de la imagen y el sonido. Para esto, debemos comenzar desde ya a preparar el terreno. ¿Qué hay que hacer?

En primer lugar, crear una pinacoteca o fototeca nacional no sería complicado. De la misma manera que desde CON-CULTURA se han ido identificando los sitios del patrimonio histórico, también se pueden identificar y archivar digitalmente las imágenes históricas. En algunos casos, habrá que pedir permiso para hacerlo, si es una colección privada; en otros quizás haya que comprar las imágenes físicas. Sea como sea, tendrá su costo.

En segundo lugar, parte de la documentación histórica (el archivo municipal de Sonsonate, por ejemplo) debe trasladar-

se a imagen digital antes de que termine de perderse por las inclemencias del entorno y la sustracción de la documentación. Lo mismo ocurre con los periódicos de la Hemeroteca Nacional. Según entiendo, no existe ninguna colección completa de *Patria*, un documento indispensable para recrear la historia intelectual del país de la década de 1920. Lo cierto es que la documentación histórica que está en mal estado no debe ser manipulada más; debe consultarse en versión digital. Es más, la documentación colonial debe ser sacada de circulación totalmente y conservada en ambientes apropiados.

Finalmente, la voz de los actores sociales – los obreros urbanos, los campesinos, los intelectuales, los dirigentes políticos – debe grabarse y difundirse. Algunos estudios ya nos permiten conocer de primera mano las expresiones de aquellos que, por lo general, no se dejaban escuchar. Patricia Alvarenga ha hecho uso de los archivos judiciales; mientras que Jeff Gould y Carlos Henríquez Consalvi han entrevistado a descendientes de los eventos de 1932 para recrear, de manera convincente, otras perspectivas sobre el pasado.

No quiero cansarles. En estos momentos, estamos incursionando en una nueva época de investigación histórica, echando mando de nuevos recursos metodológicos y nuevas fuentes que irán conformando un nuevo mapa del pasado, más completo, más coherente y, por lo tanto, más convincente. Felicitémonos, pues, y sigamos adelante.